

A caballo

GUY DE MAUPASSANT

A cheval

Aquellas personas vivían pobremente. Los ingresos del marido eran escasos. Dos niños les habían nacido después de su casamiento; y las primeras dificultades se habían convertido en una de esas miserias calladas, encubiertas, vergonzantes, en una miseria de familia noble que quiere cuando menos mantener su rango.

Héctor de Gribelin había sido educado en una provincia, en la casa solariega de su padre, por un viejo abate preceptor. No eran ricos, pero iban viviendo, guardando las apariencias.

Luego, a los veinte años, se le había buscado un empleo, y entró en un ministerio estatal, con un sueldo de mil quinientos francos. Había naufragado en ese escollo como todos los que no se han preparado desde muy pronto para el rudo combate de la vida, como todos los que ven la existencia a través de una nube, los que ignoran las dificultades y los medios de superarlas, como todos aquellos en quienes no se han desarrollado desde la infancia aptitudes especiales, unas facultades particulares y una recia energía para la lucha; como, en fin, todos los que no se les ha puesto un arma o una herramienta en la mano.

Sus tres primeros años de oficina fueron horribles.

Después encontró a algunos amigos de su familia, gente vieja y poco afortunada también, que vivían en las calles nobles, en esas tristes calles del arrabal de Saint-Germain, y se había hecho un círculo de amistades.

Ajenos a la vida moderna, los humildes y aristócratas indigentes habitaban los pisos más altos de esas casas que parecen pertenecer a otros tiempos. Los inquilinos de esas viviendas de arriba abajo, todos tenían título nobiliario; pero el dinero era tan raro en el primer piso como en el sexto.

Los eternos prejuicios, la preocupación del rango y la inquietud por no descender, obsesionaba a esas familias, antaño brillantes y arruinadas hoy por la inactividad de los hombres. Héctor de Gribelin encontró en ese ambiente a una joven, noble y pobre como él, y se casó con ella.

Tuvieron dos hijos en cuatro años.

Durante otros cuatro años, este matrimonio, hostigado por la miseria, no conoció más distracciones que el paseo del domingo por los Campos Elíseos y un par de veces el teatro, en dos noches del invierno, gracias a unas entradas de favor regaladas por un colega.

Mas he aquí que hacia la primavera, su jefe le confió un trabajo suplementario, por el que recibió una gratificación extraordinaria de trescientos francos.

Al entregarle el dinero, le dijo a su mujer:

—Mi querida Henriette, tenemos que celebrarlo con algo, por ejemplo, una jira al campo con los niños.

Y después de una larga discusión, decidieron que se irían a comer al campo.

—¡Bueno. — exclamó Héctor— por una vez...! Alquilaremos un coche para ti, los niños y la doncella, y yo llevaré un caballo del picadero. Eso me sentará bien.

Y durante toda la semana no sé habló más que de la proyectada excursión.

Todas las tardes, al volver de la oficina, Héctor cogía a su hijo mayor, lo ponía a horcajadas sobre su pierna Y, haciéndole saltar con todas sus fuerzas, le decía:

—Así galopará papá el próximo domingo, por el paseo.

Y todos los días el chico cabalgaba sobre las sillas y las arrastraba alrededor de la habitación, gritando:

—Este es papá a caballo.

Y hasta la doncella miraba al señor con ojos asombrados, pensando que iría a caballo, al lado del coche; y en todas las comidas, le oía hablar de equitación y contar sus éxitos de otro tiempo, en casa de sus padres.

¡Oh!, él había ido a una buena escuela, y una vez que tuviera al caballo entre sus piernas, no temería nada, ¡pero que nada!

Repetía a su mujer, frotándose las manos:

—Si me dieran un caballo algo difícil, estaría encantado. Verás cómo lo monto; y si quieres volveremos por los Campos Elíseos a la hora del regreso del Bois. Como tendremos muy buena facha, me gustaría encontrarme con alguien del ministerio. No es preciso más para hacerse respetar de sus jefes.

El día señalado, llegaron al mismo tiempo ante la puerta el coche y el caballo. Bajó en seguida para examinar su montura. Se había hecho coser unas trabillas en el pantalón, y manejaba una fusta comprada la víspera.

Levantó y palpó una tras otra las cuatro patas del animal, le tanteó el cuello, los lomos, los corvejones, experimentó con el dedo los riñones, le abrió la boca, examinó sus dientes, dictaminó su edad, y cuando bajó toda la familia, les dio breve curso teórico y práctico sobre el caballo en general y, en particular, sobre aquél, que reputó excelente.

Cuando todos estuvieron ya colocados en el coche, comprobó las cinchas de la silla; después, elevándose sobre un estribo, se dejó caer sobre el animal, que se puso a caracolear bajo su carga y le faltó muy poco para descabargar a su jinete.

Héctor, alterado, intentaba calmarlo:

—Vamos, calma, amiguito, calma.

Luego, cuando el caballo recobró su tranquilidad y el jinete su aplomo, éste preguntó:

—¿Listos?

Todos respondieron a una:

—Sí.

Entonces ordenó:

—¡En marcha!

Y la cabalgata partió.

Todas las miradas estaban pendientes de él. Trotaba a la inglesa, exagerando los rebotes. Apenas había caído sobre la silla, volvía a rebotar como para subir al espacio. A menudo parecía dispuesto a echarse sobre la crin del caballo y mantenía los ojos fijos ante sí, con la cara crispada y las mejillas pálidas.

Su mujer, que tenía sobre sus rodillas a uno de sus niños, y la doncella, que llevaba al otro, repetían sin cesar:

—¡Mirad a papá! ¡Mirad a papá!

Y los dos chiquillos, excitados por el movimiento, la alegría y el aire puro, iban dando chillidos y gritos. El caballo, asustado por estos clamores, acabó por tomar el galope, y mientras el jinete se esforzaba por detenerlo, su sombrero rodó por tierra. El cochero tuvo que descender de su pescante para recogerlo, y cuando se lo entregó a Héctor, éste se dirigió desde lejos a su mujer:

—¡Vamos, no dejes que los niños griten así, o harás que me enfade!

Comieron, sentados sobre la hierba del bosque del Vésinet, las provisiones que habían llevado en sus cestas.

Aunque el cochero estuviese al cuidado de los tres caballos, Héctor, a cada momento, se levantaba para ir a ver si al suyo le faltaba algo, y acariciándole el cuello, le hacía comer pan, pasteles y azúcar.

—Tiene un trote muy duro —declaró—. Al principio me ha dado unas sacudidas, pero has visto cómo en seguida me he hecho con él; ahora ya no se asustará.

Y tal como habían decidido, regresaron por los Campos Elíseos.

Las amplias avenidas hormigueaban de coches. Y los paseos estaban tan llenos de gente que parecían dos cintas negras que se desenroscaban desde el arco del Triunfo hasta la plaza de la Concorde. Un sol espléndido caía sobre todo el mundo, haciendo rebrillar el charol de las calesas, el acero de los arneses y los pestillos de las portezuelas.

Una locura de movimiento, una embriaguez de vida parecía agitar a toda esa muchedumbre, los carruajes y los animales. Y allá abajo, el obelisco se alzaba envuelto en una vaporosidad de oro.

En cuanto hubo pasado el arco del Triunfo, al caballo de Héctor le entró repentinamente una agitación y un ardor nuevos, y enfiló a través de las calles, a un trote vivo, hacia la cuadra, pese a todas las tentativas de su jinete para apaciguarlo.

El coche se había quedado atrás, muy atrás; y de pronto, al llegar frente al palacio de la Industria, el animal, viéndose libre, torció a la derecha y arrancó al galope.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

